



DANIEL FIGUERO

**BLANCO
ROTO**


ESPASA

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Blanco roto](#)

[Dedicatoria](#)

[Primera parte. La boda infinita de los vencejos](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[Segunda parte. La mesa de los impares](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[52](#)

[53](#)

[54](#)

[55](#)

[56](#)

[57](#)

[58](#)

[59](#)

[60](#)

[61](#)

[62](#)

[63](#)

[64](#)

- [65](#)
- [66](#)
- [67](#)
- [68](#)
- [69](#)
- [70](#)
- [71](#)
- [72](#)
- [73](#)
- [74](#)
- [75](#)
- [76](#)
- [77](#)
- [78](#)
- [79](#)
- [80](#)
- [81](#)
- [82](#)
- [83](#)
- [84](#)
- [85](#)
- [86](#)
- [87](#)
- [88](#)
- [89](#)
- [90](#)
- [91](#)
- [92](#)
- [93](#)
- [94](#)
- [95](#)
- [96](#)
- [97](#)
- [98](#)
- [99](#)
- [100](#)
- [101](#)
- [102](#)

[103](#)
[Agradecimientos](#)
[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descu-

bre

Comparte

Sinopsis

Nadie utiliza mi nombre completo. Nadie me conoce como Beatriz. Todo el mundo se traga con glotonería las cuatro últimas letras. Ni siquiera mi doctora, al recetarme las pastillas, lo ha escrito bien.

En el día más importante de su vida, Bea ha cuidado hasta el último detalle. La carroza, el vestido, las flores, el banquete para trescientos invitados. Sin embargo, más que felicidad, Beatriz siente vértigo. Como si caminase por el borde de una lujosa piscina a la que no estuviese segura de querer saltar.

La muerte de su padre, su nueva responsabilidad en la empresa familiar, la foto de una misteriosa mujer y la secreta relación que esta guarda con el valioso collar que su madre luce en la boda acechan a Beatriz, proyectando sombras que amenazan un futuro incierto al lado de un hombre al que, se da cuenta ahora, apenas conoce.

El reencuentro con sus mejores amigos de juventud y parranda —Rubén, convertido en un famoso peluquero de estrellas, y Vero la Roja, una artista de escaso éxito pero mucho carácter— terminará de remover un intenso pasado para cuyo balance, a pesar de las apariencias, ninguno de los tres está preparado.

B L A N C O
R O T O

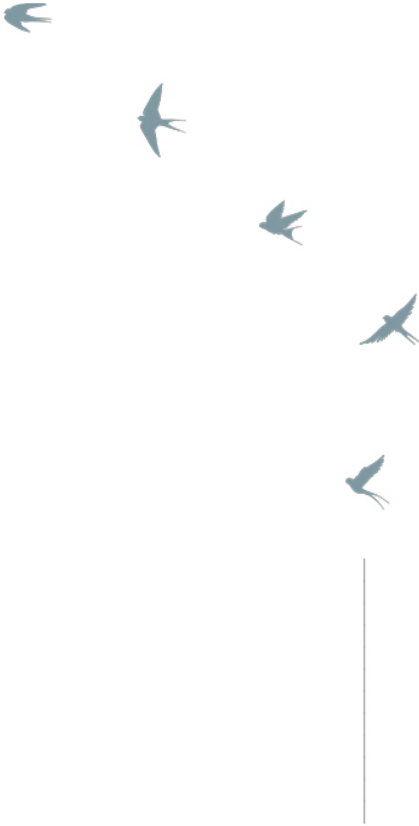


D A N I E L F I G U E R O



*Para Xavi Fontana,
por acompañarme desde el principio hasta el final
de este día que ha durado doce años.*





PRIMERA PARTE

LA BODA INFINITA DE LOS
VENCEJOS

*Por encima de los estanques, por encima de los valles,
de las montañas, de los bosques, de las nubes, de los
mares,
más allá del sol, más allá del éter,
más allá de los confines de las esferas estrelladas,
(...)*

*Echa a volar muy lejos de estos miasmas mórbidos;
ve a purificarte en el aire superior,
y bebe, como un puro y divino licor,
el claro fuego que llena los espacios límpidos.
Detrás de los tedios y las vastas penas
que con su peso entorpecen la brumosa existencia,
afortunado aquel que puede con un ala vigorosa
alzarse hacia los campos luminosos y apacibles...*

CHARLES BAUDELAIRE, «Elevación», *Las flores del mal*.

1



«Beatriz de Segura Monleón, ¿aceptas delante de Dios y de los testigos, así como lo has prometido...?».

La voz atraviesa mis tímpanos como un sedal y se disuelve en mi cabeza. Todas las mujeres secuestradas son cuerpos encapuchados, pienso. Me hago una advertencia a mí misma: cuidado, Beatriz. Eres tú, no Bea, la que firmará el contrato. El cura, con sus palabras, levantó mi velo, ha destrozado mi maquillaje, apela a mi yo interior, a aquella que vive dentro de mí. A aquella que cuestiona mis decisiones. Invocando mi nombre real, me arrancó del otro lado del espejo.

Todas las mujeres secuestradas son iguales, son torsos desnudos, confinados en celdas de cristal como maniqués en un escaparate.

Bea lo quiere, yo no. Bea lo necesita, yo sigo encerrada en mi figura. Nadie utiliza mi nombre completo, pero soy yo, Beatriz, la que se desposará. «Sí, quiero», pronuncio, pero no consiento. Ella, Bea, lo ansía y brinda con el líquido derramado de mi nariz, de mis ojos cerrados, de mis oídos por donde han entrado las palabras del sacerdote.

Jesús retira el velo para besarme.

La única diferencia entre las mujeres secuestradas es cómo llevan cubierta la cabeza: con cuero, lana, seda, oro o plata, dependiendo de los años que lleven casadas.

2



La laca es lo mejor que te puede pasar en la vida. Yo acabé siendo peluquero por culpa de la laca. Es su olor lo que me ha conducido a los mejores salones internacionales, lo que me ha permitido entrar en las presentaciones más exclusivas, descubrir las novedades para el cabello antes que nadie, peinar a las actrices más reconocidas. Frente a la opción de intentar entrar en el mundo laboral por la puerta de atrás, por las becas universitarias miserables, los chanchullos mal pagados o las prácticas con contrato y sin remuneración, preferí la laca. Porque la laca, con su olor a madre coqueta, con su fragancia de estrella de cine con guantes largos, embriaga los sentidos, sublima la imaginación. Me convirtió en peluquero. Podía haberme quedado tranquilamente haciendo mis promociones de media jornada de champú y mascarilla, pero no, me tuvo que hechizar la laca con sus cantos de sirena y sus brillantes reflejos, y me obligó a embellecerlas, a esculpir su volumen, a difuminarles su color con maestría y a texturizar su cabello con maneras de artista. Porque la laca te hace crecer como persona. Sobre todo si te la pones en el tupé.

Seis años después, estoy un poco hasta la horquilla de decapar, de teñir canas, texturizar y escucharlas con gesto sobreactuado. Si sigo en esto es solo por la laca. Porque traicionar a la laca es como traicionarse a uno mismo.

3



Nadie utiliza mi nombre completo. Nadie me conoce como Beatriz. Todo el mundo se traga con glotonería las cuatro últimas letras. Ni siquiera mi doctora, al recetarme las pastillas, lo ha escrito bien: Orfidal 1 mg. Bea de Segura.

Es una cuestión de pereza, la gente ya no pronuncia ni palabras ni frases largas, disminuye el esfuerzo de encadenar sílabas, de decir sonoros vocablos, como «rimbombante» o «tragaldabas». Anunciar «Tengo una boda», o «Me caso», siempre será más sencillo que todo el sacrificio que conlleva articular, por ejemplo, «Voy a contraer matrimonio». Con sus cuatro sílabas, «ma-tri-mo-nio», combatiendo esa hambre insaciable de reducir las palabras. «Matrimonio», con sus cuatro sílabas, como «mequetrefe».

4



Verónica, *la Roja*. Si llevo este vestido a la boda de Bea, me van a seguir llamando la Roja. No es que me importe, ya que, de tan oído, no me afecta un mote tonto que me colgaron por mi pelo llameante o por mis ideas revolucionarias o por vete tú a saber qué. O por llevar el pañuelo de los sanfermines todos los días del año. Porque una puede ser de Soria por fuera y sentirse pamplonica por dentro.

Pues nada, iré de rojo, para perpetuar el mote y para no gastarme un duro en otro vestido. Las bodas, ese número de cuenta con forma de fiesta. Que no es del todo rojo, por cierto, tiene partes color caldera. En pleno julio, pelirroja y caldera, ya me vale. Es como para quemarme viva. ¿Y qué puedo poner para romper la monocromía? Ah, pues este chal negro tan guapo. Jo, cuando me vea Rubén, que odia los chales en las bodas por encima de todas las cosas, se lo van a llevar los demonios. Los demonios rojos.

5



A mi derecha veo la espalda de Jesús, hasta hoy mi prometido, que se va calentando con el sol, y me fijo en algunos pelos rizados que reposan en una de sus almohadas, los mismos que, iluminados por el amanecer, parecen los de un torrezno frito al momento, rubios y brillantes. Me palpo el estómago, nada de grasa, y me acaricio. Con el meñique compruebo cómo flojea la goma del tanga. Es un hecho que tomaré tostadas, mi zumo, mis higos y un café. Y un cruasán de crema. Es un hecho que, el día de mi boda, desayunaré como si no pudiera comer más en días venideros, y es que tal vez resulte así. Porque no me gusta la tarta que él eligió, chocolate adornado con minúsculas esferas de azúcar plateado. Creo que va a ser el único dulce que tengo que comer por obligación, una tarta hortera, que parece una de esas tartas congeladas,